

Enrique Guerra Manzo, *Elias. Breve introducción al pensamiento de Norbert Elias*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2012, 203 pp.

EDUARDO PAZ GONZALES*

Elias es un aporte que se añade a la colección de Biblioteca Básica de la UAM, que a todas luces tiene por objeto poner a disposición de la comunidad académica materiales que faciliten la introducción de estudiantes y profesores a la obra de grandes pensadores de nuestra época. Dentro de ese marco hay que valorar el esfuerzo del autor, Enrique Guerra Manzo, profesor-investigador de la UAM-Xochimilco; quien realiza una revisión panorámica pero precisa de una obra relativamente poco conocida, siendo *El proceso de la civilización* el texto más ampliamente conocido. Mucho del desconocimiento que existió sobre la obra de Elias proviene del hecho de que sólo recientemente sus obras fueron traducidas del alemán, tanto al inglés como al español. En ambos idiomas las traducciones se realizaron recién desde la década de 1980, a pesar de que algunas habían sido publicadas en alemán en la década de 1930. De ahí que Elias ocupe un lugar más modesto dentro de la academia latinoamericana y que la divulgación e incorporación de su trabajo a los temas de estas latitudes se haya visto restringida.

Si bien es cierto que en la academia se insiste —adecuadamente— en que la revisión de los autores en sí mismos es un imperativo, hay que reconocer que obras como la de Enrique Guerra Manzo proveen una puerta de entrada útil. En ese sentido, hay que sopesar la importancia de su exposición justamente dentro de esos marcos: iniciación e introducción dirigida a un público no experto. Por lo mismo es evidente que a partir de este libro no se puede criticar la obra de Elias, sino más bien conviene notar los puntos fuertes que provee para empezar a leer la obra del susodicho.

El libro bosqueja el trayecto de una obra sustentándose en una revisión extensiva de los textos del alemán, los cuales quedan complementados con entrevistas, biografías y una revisión relevante de las obras tanto de sus discípulos como de sus críticos. Se aprecian así las múltiples aristas que enriquecen esta teoría, comenzando por el programa general del desarrollo de un enfoque sociológico que pueda romper con el dualismo entre individuo y sociedad basada en una ontología de los humanos como *homo clausus*. Éste, que como un ser independiente, encerrado y que entra a participar en relaciones sociales *a posteriori*, se opone a la idea de Elias del *homines aperti* que apuesta por la relacionalidad del actor y su interdependencia con otros actores. Esta condición relacional de los actores es la que permite entender que la sociedad puede ser entendida como figuraciones; es decir, redes dinámicas de interdependencia que sirven tanto para comprender niveles de interacción —como un juego, en el que las acciones propias se realizan considerando las acciones de los otros jugadores—, así como los niveles más amplios, por ejemplo los mercados de bienes inmuebles. Es fundamental en este sentido entender que las figuraciones no suponen coordinación

* Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

armónica, ya que en el plano mismo de una batalla se establecen figuraciones de oposición donde las decisiones propias dependen hasta cierto punto de la dinámica del contexto. Es con las figuraciones que se tiene un aparato conceptual que rehúye que sea necesario sacrificar al actor —es decir, negar cualquier tipo de agencia— así como apelar a un actor independiente que actúa desembarazado de cualquier determinación o constricción social.

Es dentro de ese programa de investigación que se desarrollan los pilares fundamentales del *proceso de la civilización*. En este texto Elias muestra la vinculación que existe entre las grandes transformaciones en la balanza de poderes —relativos a la conformación del Estado, las relaciones entre clases, el lento declive de la corte— y las transformaciones que existen en el plano de la interacción, y que se puede sintetizar en el establecimiento de los “buenos modales” como producto de un progresivo autocontrol de los individuos. El trabajo empírico de Elias muestra cómo en facetas muy diferentes de la vida cotidiana va dándose un refinamiento en las formas de interrelacionarse entre actores: formas de comportarse en la mesa, de relacionarse con la desnudez, de limpiarse la nariz, etc., todas ellas mutando desde su forma cortesana a las formas de civilidad. El refinamiento y las formas de control no simplemente emanan, sino que, dirá Elias, están en relación con los procesos más amplios. Dentro de esto cabe destacar dos procesos que dan consistencia a lo anterior: por un lado está el hecho de la división del trabajo social que genera una mutua interdependencia entre actores. De tal modo, puesto que ningún grupo puede sostenerse solo, la gestión de su relación no puede operarse bajo las formas violentas que imperaron en periodos previos.

Por el otro lado y de manera conjunta se tiene la preponderancia que construyen diferentes clases sobre el resto de la sociedad que lleva a configuraciones políticas específicas. En este asunto es interesante lo que Elias desarrolla en *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, donde muestra cómo el establecimiento del parlamentarismo corrió en paralelo con la constitución de espacios controlados de de-control. Puesto que la pugna política se redefinió como un espacio donde la violencia no prima, ésta fue desplazada hacia formas miméticas de la misma. Un ejemplo claro son los deportes modernos que si bien se parecen hasta cierto punto los viejos torneos de la corte, están altamente normados y sus reglas minimizan las probabilidades de un daño físico real pero proveen la emoción de un de-control. En suma, el establecimiento de ciertas pautas de dominación por una clase ha sido acompañado por las modificaciones y regulaciones de ciertas emociones y modos de actuar de los actores particulares.

Una crítica evidente se ha diseminado sobre la orientación que Elias da al proceso civilizatorio. A primera vista la idea de proceso de civilización lleva a emparentar la idea con las conocidas nociones de progreso o desarrollo gobernadas por un principio teleológico. Concebir de esta manera el proceso de civilización conlleva una organización de la historia como dada en un sentido respecto del cual diferentes sociedades se acoplan de mejor o peor manera. Obviamente se ha señalado el sesgo etnocéntrico de esta noción. Sin embargo, Elias rechaza explícitamente que el proceso de civilización pueda entenderse como uno lineal y al que las diferentes sociedades confluirían. De hecho son varios acontecimientos del siglo XX los que el

retoma para mostrar que el proceso de civilización no tiene un camino predefinido y por otro lado implica avances y retrocesos.

Así, cuando Elias ve la segunda guerra mundial o el contexto de 1968 aprecia que tanto en lo que respecta al control y rechazo de la violencia como en lo que tiene que ver con el autocontrol de los impulsos eróticos se constata un relajamiento de los controles civilizatorios. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con el deporte, donde hay un de-control controlado, en estos casos se asiste a una pérdida de terreno de lo civilizatorio propiamente. Esta situación lleva a Elias a conceptualizar la idea de “informalización”; es decir, la forma en que el proceso de civilización pierde sustancia en diferentes ámbitos de lo social en un momento dado. Esta idea es de propio sugerente porque permite pensar espacios y dimensiones heterogéneas en lo que toca al proceso de civilización, reconociendo que hay aspectos en los que éste alcanza una forma más elaborada mientras se mantienen aspectos donde prima la violencia. Sin embargo, se mantiene el vínculo básico que relaciona violencia-civilización; esto en el entendido de que la violencia no desaparece con la civilización, sino que queda monopolizada por una instancia.

Si bien la solución que provee Elias con el concepto de informalización abre interesantes espacios de análisis en pos de advertir heterogeneidad en el proceso de la civilización, esto no rebate por completo las críticas sobre etnocentrismo. Si bien Guerra Manzo anota que esta crítica existe, considera que es suficiente afirmar que la complejidad que añade “informalización” basta para afirmar que el proceso de civilización ni es unilineal ni es irreversible. No obstante, el fondo de la crítica que se hace al sociólogo alemán no pasa simplemente por un ajuste relativista sobre la particularidad cultural y los diferentes caminos que siguen unas y otras sociedades. De ser así “informalización” bien podría ser una respuesta suficiente. El tema de fondo es que la crítica no parte de un particularismo, sino al hecho de que la relación entre el mundo “civilizado” y el resto no se rige por su civilización sino por su violencia. Esto había sido notado ya hace mucho y Aimé Césaire (1972) había expresado elocuentemente que es la violencia que occidente derrama sobre el mundo lo que permite la institución de un modo de vida pretendidamente no violento al interior de las fronteras europeas. En otras palabras, la civilización occidental ha sido consustancial a su violencia hacia afuera, de la cual occidente sólo tomó nota cuando se volcó sobre sí misma con el nazismo. En la medida que Elias reconoció que occidente impone sus pautas fuera de Europa generando una mutua dependencia, hay que reconocer que esta crítica es pertinente y no ha sido tomada en cuenta en todo su peso en el texto de Guerra Manzo.

Un último aspecto notable en la síntesis que se hace de la obra de Elias es la que tiene que ver con sus aportes a la teoría del conocimiento y las bases metodológicas. En esto Elias entra en un debate con la formulación que hiciera Max Weber sobre el político y el científico, y de donde desarrolla que para el primero hay un compromiso invertido mientras que para el segundo la distancia respecto de los acontecimientos es una máxima. Elias considera que es imposible desde una posición que defienda el *homines aperti* abogar por un posible deslindamiento del actor respecto de los hechos que le ocurren borrando todo involucramiento subjetivo. Mas al contrario, considerando justamente que los actores tienen un doble vínculo tanto con lo emotivo como

con lo intelectual, la labor científica debe reconocerse en medio de esa tensión. Lo emotivo es una parte imborrable del vínculo con el mundo y la sociedad, mientras que lo intelectual es una de las vías para poder actuar sobre ese mundo y esa sociedad. Lo fundamental de este aporte es la ruptura de una dicotomía que ha persistido por demasiado tiempo en la práctica sociológica, constituyéndose en obstáculo para un ensanchamiento de los horizontes analíticos.

En general este libro presenta un panorama muy útil en términos introductorios al pensamiento de Elias. La organización permite pasar de la biografía a los diferentes aspectos de la teoría que desarrolló: el programa sobre la figuración, el eje central del proceso de la civilización y las investigaciones subsecuentes sobre deporte, ocio e informalización. También de mucho valor son los aspectos sobre teoría del conocimiento y el papel del doble vínculo, consistente con la teoría general que plantea. El esfuerzo por mostrar las críticas que se han hecho a la obra de Elias abre también al lector hacia debates que podrían pasar desapercibidos y que en realidad constituyen mucha de la tarea sociológica. Por supuesto, al ser una obra que busca sintetizar una producción monumental, en el libro de Guerra Manzo se pueden extrañar facetas y puntos específicos de las obras de Elias. Por último cabe hacer notar que, al haber un sesgo elisiano perfectamente reconocible, el autor soslaya el peso de las críticas a Elias y no las sopesa en todas sus consecuencias.

Bibliografía

Cesaire, Aimé (1972), *Discourse on colonialism*, Nueva York, Monthly Review.